"HOY, MÁS QUE NUNCA, CREEMOS QUE TODO ES POSIBLE CON SACRIFICIO E INNOVACIÓN"

Oscar Laurino

Los orígenes

Nací un 17 de diciembre de 1948 en Ramos Mejía, en una familia de padres argentinos con ascendencia italiana de la región de Cosenza. Yo fui el menor de tres hermanos, después de Lidia y Norma.

A los dos años, mis padres se separaron. Yo me quedé con mi papá, Roberto, que era dirigente de una cooperativa textil. Como sus responsabilidades lo llevaban de viaje por toda la Argentina, mis tíos Manuel y Ángela ocuparon un papel importante en mi formación.

Con ellos pasé una infancia humilde, aunque feliz, en el barrio porteño de Parque Patricios. Con mis amigos cortábamos la calle Salcedo para jugar al fútbol los sábados por la tarde. También recuerdo el café del barrio, al que no me permitían entrar por ser menor de edad; códigos de una época que se fue perdiendo...

Cursé la primaria en una escuela de Boedo, y la secundaria en diferentes colegios, alternando con cursos de contabilidad. Si bien ya empezaba a interesarme la electrónica, a la que más adelante dedicaría mi trayectoria laboral, en aquel entonces lo que me apasionaba era el teatro. De adolescente, actuaba en obras para chicos en las salas del centro. Llegué a actuar en el viejo Canal 7 y en Radio Rivadavia.

El telón de mi carrera sobre las tablas se bajó a los diecisiete años, cuando conseguí mi primer trabajo en el Departamento de Electrónica de Transradio.

Tras una interrupción para hacer el servicio militar en El Palomar, ingresé al laboratorio de electroacústica en una subsidiaria de Philips. Allí tuve mi primer contacto con los circuitos impresos, un insumo utilizado en las radios a transistores.

Los comienzos como industrial

A los dos años, el taller donde trabajaba cerró por un cambio de política de Philips. Corría 1972 cuando, con sólo veintidós años, lancé mi propia aventura industrial, montando una pequeña fábrica de circuitos impresos.

Empecé sin nada y fui creciendo a fuerza de sacrificio. Cada centavo que ganaba lo reinvertía para equipar mi empresa.

En el '80, tras ocho años de esfuerzo, pude comprar mi primer taller, en la Avenida Juan Bautista Alberdi. Eran apenas 160 m², donde trabajaba con apenas dos o tres empleados. Cuando las ventas crecieron, sumé otro tallercito a unas pocas cuadras.

En esos tiempos, adquirí mis primeras máquinas automáticas y de control numérico. Así, a fines de los '80, ese proyecto que había empezado en la nada ya era una firma respetada con una nómina de doce empleados.

La crisis

Los años '90 fueron muy difíciles para mi industria. Muchos de nuestros clientes, fabricantes nacionales de electrónica, eran incapaces de competir contra los productos importados y acabaron en la quiebra. Nuestras ventas se derrumbaron y tuvimos que aplicar todo nuestro ingenio para mantenernos a flote.

Hacia fines de los '90, cuando la situación parecía estabilizarse, comenzó la feroz recesión que derivó en la crisis del 2001.

No tuvimos más alternativa que achicar la empresa a su mínima expresión. Apenas si pudimos conservar a tres de nuestros doce trabajadores. Yo mismo tuve que ponerme el overol, arremangarme y volver a realizar las tareas de operario con las que había empezado casi dos décadas atrás.

Un proyecto de padre e hijo

En la segunda mitad de 2002, la caída libre se detuvo y mi hijo Juan Pablo se sumó a la compañía. Desde los catorce años, mientras cursaba el secundario, él ya había comenzado a tomar contacto con la fábrica. Su mayor involucramiento permitió mejorar muchas de nuestras operaciones. Su manejo de idiomas, por ejemplo, fue crítico para la búsqueda de proveedores en el exterior.



En la planta de Inarci.

En 2003, decidimos lanzar un nuevo proyecto, Inarci, una fábrica de circuitos multicapa. Conseguimos financiamiento para montar una planta en Mataderos, con equipos de última generación, desafiando las voces críticas que sostenían que no había suficiente mercado para aquel producto en la Argentina.

En 2004, iniciamos nuestras actividades con tres premisas: calidad, innovación y servicio. La empresa creció muy rápidamente, gracias al complemento de mi experiencia en el mercado con las ideas innovadoras de Juan Pablo.

Sólo tres años después de iniciar las operaciones, la Comisión Nacional de Actividades Espaciales (CONAE) nos contactó para firmar un acuerdo de colaboración que nos permitió acceder a tecnología de última generación. Hoy, más que nunca, creemos que todo es posible con sacrificio e innovación.

Inarci, hoy

Inarci es una empresa con más futuro que pasado. En los ocho años que transcurrieron desde su fundación, hemos experimentado un crecimiento muy importante.

En nuestra planta de Mataderos, trabajan 26 empleados en la producción de circuitos multicapa. Somos una firma respetada en el mercado local, y hemos concretado algunas exportaciones a Uruguay, Chile y Perú.

Poco es lo que queda de aquellos procesos artesanales con los que yo empecé en los años '70. Hoy todo está automatizado, con equipos de última generación. Participamos en distintas ferias y exposiciones para dar a conocer nuestros productos, y tenemos acuerdos de cooperación con distintas universidades.

Cuando algún alumno de ingeniería o de alguna carrera técnica necesita un circuito para sus estudios, nosotros se lo hacemos a un precio especial. Es una forma de contribuir con la educación y de formar redes con los técnicos del futuro.

La nuestra es una empresa que concilia juventud con experiencia. Tenemos un equipo joven y dinámico, dirigido por gente con más de treinta años de industria.

El legado

Además de Juan Pablo, con Nidia, mi esposa, tenemos a María Soledad, quien se desempeña como Gerenta de Ventas de Inarci. Ella me hizo abuelo de Julieta.

Me alegra que toda la familia pueda formar parte de este proyecto industrial. Lo mío siempre fue el sacrificio, y el trabajo de lunes a lunes en la fábrica. La incorporación de mi hijo nos permitió dar un salto de calidad.

Él tiene otra cabeza, formada gracias a distintos estudios que fue haciendo en medicina, educación física, marketing e ingeniería, y a sus viajes de capacitación en Brasil y los Estados Unidos. Estas experiencias fueron abriendo su perspectiva del mundo.

Los golpes que he recibido en la vida me han vuelto conservador. Juan Pablo tiene ideas innovadoras y el empuje de la juventud. Por esta combinación, nos complementamos muy bien. Además, mientras yo me ocupo de la fábrica junto a mis colaboradores, mi hijo dedica parte de su tiempo a la participación



Con mi señora Nidia y mis hijos, Juan Pablo y María Soledad.

en ADIMRA Joven y en la Cámara Argentina de Industrias Electrónicas, Electromecánicas, Luminotécnicas, Telecomunicaciones, Informática y Control Automático (CADIEEL).

Esto nos permite mantenernos informados sobre los movimientos del mercado y vincularnos con otros industriales para la solución de nuestros problemas comunes.

En algún momento no muy lejano, la empresa quedará en manos de mis hijos. Más allá de nuestras diferencias en los perfiles, compartimos lo esencial: somos gente honesta, trabajadora y que piensa en su comunidad.

Es algo que heredé del espíritu cooperativista de mi padre. De él aprendí que tenemos que ayudar al prójimo y considerarlo como un socio en un proyecto común.